

cia, que llevéis siempre en vuestros corazones á Jesucristo muerto, á fin de que sintais en vosotros lo que él sintió en la cruz, y grabeis sobre vuestras personas como sobre un sello fiel, todos los suplicios del calvario. Haced un hacecillo de mirra, compuesto de todos los instrumentos de la pasion, y llevadle en vuestro pecho, para que sintiendo continuamente sus penas, seais unas copias vivas de esta víctima de amor. Mas antes de dejar este adorable Crucifijo, permitidme despedir de este milagro de paciencia.

A Dios, mi amable maestro; á Dios, todo mi bien; á Dios, lumbre de mis ojos; á Dios, amor de mi corazón; á Dios, vida de mi alma; á Dios, apoyo de mis esperanzas; á Dios, esperanza de mis deseos; á Dios, objeto dulce de mis amores; á Dios, todo el bien que yo adoro y amo en este mundo, donde no viviré en adelante sino en las lágrimas, en los gemidos, en la penitencia. Vuestas llagas sacrosantas serán desde hoy las depositarias de nuestros corazones. Sí, Jesus mio: así lo protestan mis oyentes. Yo lo afirmo por ellos con estas lágrimas que dejo caer sobre vuestras heridas: yo lo sello en nombre de todos con este ósculo reverente que imprimo sobre vuestros pies.

SERMON DE SAN MATIAS.

Cecidit sors super Mathiam, et annumeratus est cum undecim Apostolis (Act. Apost. c. i. v. 26.).

Cayó la suerte sobre San Matías, y fue puesto en el número de los Apóstoles.

No hay que dudarle, señores, las gracias con que nuestro Dios favoreció á sus Santos, y con que cada dia nos favorece á nosotros, son siempre muy apreciables, y hay un gran peligro en despreciar aun la menor, ó abusar de ella. Esto es verdad, oyentes, aun entendiéndolo de todas las gracias en general; pero es preciso convenir en que hay unas gracias tan esenciales y á las que está tan aneja nuestra salvacion, que como no hay infelicidad mayor que despreciarlas, así está toda nuestra dicha en cooperar á ellas. Tal fue la gracia de la vocacion respecto del grande Apóstol San Matías, cuya fiesta celebra en este dia nuestra Madre la Iglesia. Porque en verdad, señores, ¿qué hubiese sido de este sagrado Apóstol, si él, temerario, hubiese pretendido la gracia del Apostolado, ó indócil hubiese resistido á su vocacion?

Los felices efectos que se vieron en Matías hecho Apóstol, y las consecuencias funestas que en su antecesor Judas tuvo su Apostolado, ma-

nifestaron claramente cuánto conduce á la salvacion de los hombres la vocacion á un estado, y cuánto influye en su perdicion eterna el entrar en estado sin vocacion. Ignorado Matías en la soledad de su retiro, obrando con humildad y con secreto su propia santificacion, en nada menos pensaba que en la exaltacion al Apostolado. Propuesto con todo para esta suprema dignidad por San Pedro, y cotejándole con José á quien llamaron el Justo, la oracion y el recurso al Señor fue el medio con que se hizo su eleccion; y solo despues de manifestada expresamente la voluntad de nuestro Dios, entró en el estado de Apóstol, y fue numerado entre los once que quedaban: *cecidit sors super Mathiam, et annumeratus est cum undecim Apostolis*. No así, oyentes, el perverso Judas. Entrando al Apostolado mas por ambicion que por vocacion divina; elegido por el Señor, no tanto por voluntad de exaltarle, cuanto por dejar correr las causas, y no violentar su albedrío, los primeros pasos de su Apostolado mostraron haber venido á él sin vocacion. Hecho ya príncipe de la Iglesia, luz del Orbe, predestinado de Israel, sus obras dieron pronto á entender cuán poco frisaba con sus inclinaciones la santidad del estado que tenia. Su temeridad le introdujo en el Apostolado; su malicia hizo que no atendiese á corregir con sus reflexiones la mala eleccion que habia tenido corriendo de uno en otro precipicio; todo lo perdió este infeliz, y vino á ejecutar la mayor de las maldades, vendiendo sacrílegamente á su mismo maestro.

¿Qué prueba, oyentes, puede darse mas concluyente de que la eleccion de estado es la que mas conduce á la salvacion ó perdicion de los hombres, y que la gracia de la vocacion es la que mas exige nuestro aprecio? ¡Pero qué lástima, señores! ¡Qué imprudencia la de los mortales! En un negocio de tanta importancia, es el capricho, es la temeridad, es el acaso lo que regularmente decide. Las ocasiones en que se puede arriesgar la salvacion, no se examinan; los peligros de perderse, no se atienden; la voluntad de Dios que debe ser el primer móvil de nuestras elecciones, no se consulta. Ved pues, oyentes, que es este desórden tan universal el que yo pretendo desarraigar en este dia. Los felices efectos de la vocacion y eleccion de San Matías, y las perniciosas consecuencias de la temeridad de Judas, me suministran materia abundante para vuestra instruccion en este asunto. Dos géneros de personas componen el mundo: uno es de aquellos que deben elegir estado, y el otro de aquellos que ya le tienen elegido; y estos dos géneros de gentes serán el objeto de las dos partes de mi discurso.

En efecto, todo el mal que hay en un asunto de vocacion, se reduce á elegir un estado sin reflexion, ó á continuar en él sin corregir su mala eleccion. Ved, pues, toda la division: eligiendo sin precaucion vuestro estado de vida, empezais, pues, con esta temeridad, vuestra condenacion. Primero, porque elegisteis ya estado sin reflexion, pues vais continuando vuestra condenacion, si no corregís la temeridad de vuestra elec-

cion; oyentes, éste es un asunto que con todos habla y á todos vosotros os interesa: vosotros, que estais para elegir estado, atended las consecuencias funestas de una mala eleccion; vosotros que temerariamente le habeis elegido, oid los medios con que debeis reparar vuestro gran yerro.

PRIMERA PARTE.

No penseis, señores, que al oír en el Evangelio fue por suerte la eleccion de Matías al Apostolado, que fue casual esta eleccion. No, señores, era muy elevado el estado en que iba á entrar este grande Apóstol, para dejar los Apóstoles á el acaso su elevacion. La prevaricacion reciente de su antecesor Judas, les mostraba con qué precaucion debian proceder en el asunto. En efecto, el Evangelio mismo nos refiere con qué cuidado procedieron unos y otros en la eleccion: ó una oracion fervorosa al Señor para que les declarase su voluntad; una averiguacion exacta de las circunstancias de Matías para el ministerio; un cotejo expreso de él con un varon tan perfecto, que le llamaban por antonomasia el Justo, ved algunas de las prevenciones que antecedieron á la eleccion de Matías al Apostolado. ¡Qué mucho, señores, que á una eleccion tan bien dispuesta y premeditada, correspondiesen unos efectos tan prodigiosamente felices en San Matías, que en el desempeño de su Apostolado no solo pudiese haer recobrar á su ministerio el honor menoscabado algun tanto con la prevaricacion de Judas, sino que cumpliese las funciones de Apóstol tan

á satisfaccion, que segun se explica San Lorenzo Justiniano, llegó hasta aventajarse en ellas á los demás individuos del Apostolado?

¿Y qué hay que admirar, señores, que sean tan poco felices los efectos que corresponden á las elecciones de estado y vocaciones de los hombres? ¡Ah! yo os dije, señores, que con la temeridad de elegir sin la debida precaucion vuestros estados, empezais á labrar vuestra condenacion; y esto lo pruebo, porque al elegir estado, no consultais la voluntad de Dios, y abrazais comunmente el que mas dificulta vuestra salvacion: Ello no es menester muchos discursos para convenceros de que obrais vuestra condenacion, cuando elegís estado sin consultar para ello la voluntad de Dios. Casi son supérfluas las máximas de la religion para persuadirnos esta verdad. La idea general de una providencia infinitamente sabia, nos intima debemos nosotros poner nuestro destino en las manos de aquel Soberano proveedor universal, que es solo quien penetrando la naturaleza y circunstancias de todos los seres, puede conducirles todos á su propio fin.

Él no nos hizo el presente de nuestra libertad, para que abusemos de ella segun nuestros caprichos. No, señores, él puso en cada uno de los hombres ciertas disposiciones y proporcionados talentos para aquellos destinos á que les prevenia, y él dejó á cada uno de nosotros la eleccion, para que nosotros mismos tuviésemos el mérito de hacerla conforme á las ajustadas reglas de su sabiduría.

He aquí, señores, como representaba San Pa-

blo á los primeros fieles las precauciones con que debian regularse, para disponer segun la Divina voluntad la eleccion de su estado: del mismo modo, dice el Apóstol, que en un mismo cuerpo hay muchos miembros, pero cada uno de ellos está solamente destinado para aquellas funciones, para las que se les dió su proporcion y disposiciones; así en el cuerpo místico de Jesucristo, que es la Iglesia, cada uno de nosotros tiene un lugar y destino señalado segun los dones particulares, y segun los talentos que habia recibido: *Habentes dominationes secundum gratiam, quæ data est nobis, differentes.*

Hay espíritus de perfeccion aventajada; de un zelo á toda prueba; de una sabiduría no vulgar; estos solos y no otros destina Dios para ministros de su Iglesia, modelos de sus fieles, y vindicadores acérrimos de sus soberanos derechos: vense corazones de una integridad á toda prueba, talentos que saben discernir las buenas de las malas causas, ánimos inflexibles á los intereses, á las amistades, á los respetos de los poderosos; estos son los que destina Dios para el gobierno. Tienen unos, circunstancias proporcionadas para formar á Dios una familia santa; otros, para dar ejemplos de una pureza angélica; aquellos se ve les destina Dios para el matrimonio; estos para el celibato. Sí, señores, esta disposicion sábia de la Providencia es á veces tan oculta como maravillosa; y por lo tanto debemos nosotros orar, debemos velar, para adquirirmos las luces necesarias para conocerla, y las fuerzas conducentes para seguirla; de otro modo, oyentes,

eligiendo á ciegas nuestros estados, abrazando ministerios superiores á nuestras fuerzas y talentos, nos oponemos directamente á la voluntad de Dios, y vamos obrando presurosamente nuestra condenacion.

Pero qué, señores, ¿es esta la conducta que se tiene en el mundo para elegir estado? ¿Hay muchos que se tomen hoy el trabajo de merecer con sus oraciones y sus obras de piedad las luces del cielo que se necesitan para que sea buena su eleccion? ¿Tómase alguno la pena de combinar las dificultades del estado que va á abrazar, con las fuerzas, con los talentos y con las gracias que ha recibido? ¿Hácese sobre todo esto un serio exámen, ó se consulta á lo menos algun docto y piadoso confesor? ¡Ah, señores, discurremos sin preocupaciones. Nuestro amor propio nos alucina; y creyéndose los hombres hábiles para todo empleo, eligen á ciegas, y sin mas consulta que sus caprichos, unos estados, que no siendo estados en que les pone Dios, les conducen precipitadamente á su eterna condenacion. ¿Y qué mas pruebas, señores, queremos nosotros buscar, de que no se consulta á la voluntad de Dios en la eleccion de estado y que no es el Señor quien la dirige, que ver las consecuencias tan funestas que se siguen de estas elecciones? ¿Pues qué creéis vosotros, oyentes, que consultaron á nuestro Dios, y que el Señor llamó para el sagrado ministerio, que eligió para unas funciones tan terribles y tan santas como las del sacerdocio, unos hombres que no condujeron al pie de los altares sino unas miras de puro interés,